

entendió después que la salvación de la filosofía, en su lucha contra el nihilismo impuesto y reinante, era volver a plantearse, desde el inicio, los presupuestos filosóficos, desde los griegos y a través del idealismo alemán, el positivismo, el pragmatismo y, lo más importante, el nuevo espacio que se alumbraba con la fenomenología tras la publicación en 1927 de *Ser y tiempo*, sin perder de vista lo que su maestro Ortega decía y escribía desde una España abocada irremediabilmente al fratricidio.

Corominas y Vicens van trazando los diferentes tiempos que configuran al filósofo, y en ese ir construyendo su biografía se cae en la cuenta de la falta de respeto hacia una de las mayores mentes del siglo pasado. En España se le ha conocido y presentado como un escolástico más, un seguidor de Aristóteles, con tintes de seminarista retrógrado, otro fósil del pasado filosófico. Pero, a medida que la lectura transcurre, todos los atrevimientos e impropiedades que hemos heredado se desvanecen sucesivamente. En primer lugar, hallamos el volumen de lecturas, trabajo e intereses que ostentaba Zubiri. Desde muy joven tuvo claro que la filosofía no podía hacer oídos sordos al porvenir de las ciencias. Ante la caducidad del modelo newtoniano, en el que el tiempo y el espacio se consideraban absolutos, que la filosofía moderna asume y bendice, germina la revolución física, relativista y cuántica, facilitando un nuevo orden para la configuración del mundo. Por ello, Zubiri es consciente de que la filosofía no debe quedar anclada en el pasado, y sin supeditarse ni servir a la ciencia, debe atender a los contenidos que se ponen de manifiesto. Sorprenden los diálogos y encuentros que mantuvo con las personalidades más admiradas del siglo, desde Einstein —que le menciona personalmente en una conferencia— hasta Schrödinger y diversos matemáticos, biólogos y filólogos. Sin embargo, la contemplación de la interfaz entre ciencia y filosofía le turba, puesto que la capacidad de la razón moderna para iluminar y guiar los pasos del hombre no ha podido parar el desastre de la guerra total, sino que más bien ha colaborado a ella de manera imparable. Su filosofía, pues, no podrá entenderse sin este presupuesto, ya sean sus primeros escritos, *Naturaleza, Historia, Dios, Sobre la esencia*, o la trilogía de *Inteligencia sentiente*. ¿No

queda muy lejos este Zubiri, a la expectativa y a la vanguardia de todo aquello que acaecía en Europa, de la imagen de escolástico y chapado a la antigua que suelen presentarnos?

Otro punto de interés que los autores rescatan es la relación que tuvo con la Iglesia. Fue un gran creyente, pasó por el seminario y se hizo sacerdote, pero el libro muestra una tensión muy poco conocida de su relación con la jerarquía eclesial. Esto aporta otra volatilización más al imaginario español, que supone una relación angelical y de obediencia casi absoluta entre la Iglesia y sus miembros. Zubiri es el reflejo de lo contrario, y por ello sufrió mucho, ante la jerarquía española y la curia romana, incluso con entrevistas papales para dirimir su secularización y poder casarse, posteriormente, con Carmen Castro, la hija de Américo Castro, ignorado y silenciado por el franquismo. Es más: una de las causas por las que se negó a volver al ámbito universitario de posguerra fue la falta de libertad con la que enseñar filosofía. La fe tenía que estar abierta a las diferentes vicisitudes que se presentaban en el mundo contemporáneo, tesis defendida por los modernistas, en contra de las posturas más conservadoras y reaccionarias que veían en todo avance un síntoma de prevaricación y ruina. Tanto fue así que el espíritu abierto y dinámico de Zubiri, cercano al del cardenal Tarancón en la transición, influyó en que falangistas como Aranguren o Laín viraran hacia posiciones demócratas y liberales.

Una cuestión a destacar es la relación que mantuvo con Ortega, su maestro, y que determinó en parte la situación actual de la filosofía española. Se ha especulado mucho sobre por qué uno y otro no se citan, cosa que puede resultar incomprensible, pero que el libro aclara, y en ello se muestran dos actitudes diferentes ante la filosofía. En principio, Ortega y Zubiri están en contacto permanente hasta la muerte del primero; comparten e intercambian ideas, proyectos, trabajos, a sabiendas de que cada uno proyecta la vida filosófica de forma diferente, aun cuando se admiren mutuamente. Ortega desea que su filosofía sirva como empresa y transformación cultural de la vida española, y aproximada los problemas a la gente a través de artículos de periódicos, inmiscuyéndose en la vida política. Por el contrario,

Zubiri es el modelo de intelectual que tiene como arma principal la investigación solitaria; no se confunde el retiro con el autismo, la indiferencia o la pasividad, porque en la huida de nuestro entorno se nos presentan lo otro y los otros en un grado de problematicidad, y ésta es la característica constitutiva del quehacer filosófico.

Es curioso que lo último que publicó Zubiri fuera un artículo sobre Ortega. En él desarrollaba las ideas que ya plasmó anteriormente sobre su maestro, destacando la creación de un espacio filosófico en el que poder pensar en libertad, asentando las condiciones necesarias para ello, e indagar respecto a cuestiones hasta ese momento inimaginables. Ésta es la herencia que Ortega, Zubiri y muchos otros, a pesar de los pesares, nos han legado. De nosotros depende continuar una tradición que no es unitaria, sino que más bien está fusionada con campos e intereses diversos, en comunicación directa con quienes trabajan en Europa y más allá de sus fronteras. El libro reseñado es un buen acicate para hacer de la filosofía una instancia que nos posibilite la comprensión de los tiempos a partir de la historia que fue, y para no caer en disputas estériles que alimentan la ínsula del atrevimiento y el prejuicio ignorante señalado por Deleuze.



LEJANÍAS DEL TACTO

JEAN-LUC NANCY

Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo

(trad. de M. Tabuyo y A. López, Trotta, Madrid, 2006).

Daniel Barreto González

Ante la disyuntiva de Atenas o Jerusalén, el pensamiento de Jean-Luc Nancy nos situaría de golpe en

la tarea de pensar, sin escapatoria, el cristianismo. En el cruce de la memoria judía y el *logos* griego, para Nancy, el acontecimiento cristiano sería la apertura radical, la desposesión de sí, de cualquier cierre que se hurtase a la relación. Esa experiencia del límite de todo lo experimentable es el *sentido*, el separarse de sí sin retorno posible. Los gestos “deconstructivos” como apertura a la alteridad serían impensables sin el cristianismo. Y así lo expone Nancy en los ensayos reunidos en *La Déclousion* (Galilée, 2005), entregados a pensar el cristianismo en el tiempo de la secularización o, como no se cansa de constatar, la secularización como efecto cristiano. Y ése es el proyecto mayor en que se inscribe el breve *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*.

El itinerario de Occidente supondría el trabajo sobre la memoria de los seguidores de Jesús, y no menos intensamente cuando se pretende desvinculado de ella: el anuncio nietzscheano de la “muerte de Dios”, por ejemplo, es impensable sin la Cruz; el imaginario lumínico esencial de la Ilustración, el aclarar de la *Aufklärung*, como apartar las tinieblas, el traer la luz al mundo — señala Jacques Derrida— busca traducir el anuncio de la Buena Nueva. El nuevo tiempo prometido por la Ilustración, la iluminación del mundo, toma su luz de un pasado que se esfuerza en ignorar. La genealogía del cristianismo inserto en las fuentes de la cultura y en la historia de las naciones, nos llevaría de la mano del propio Derrida a comprender incluso el diálogo interreligioso como la concepción cristiana del encuentro entre religiones, asumida mundialmente como marco de diálogo universal. De nuevo, la raíz que ve Nancy, la raíz del desarraigo: una experiencia de apertura sin condición.

Antes de explicitar en *La Déclousion* buena parte de su proyecto de indagación filosófica bajo el subtítulo de “la deconstrucción del cristianismo” (es decir, el cristianismo como la religión de la “salida de sí mismo”), Nancy proponía una filosofía de la afirmación del sentido como la relación sustraída a cualquier forma de totalidad o teleología de la identidad. El sentido vive el sentir como tacto que se retira antes de cualquier fusión, antes de volver a aproximarse y tocar en la distancia. Un tocar distante, la *espacialización* del propio

cuerpo, que llamó también “experiencia de la libertad”. No hay idea o esencia de la libertad, escribía, la liberación no es pensable como el cierre sobre sí de lo idéntico e inmutable. La libertad es la explosión de cualquier esencia. Pensamiento inesencial de la libertad como cruce del límite, especialmente del límite del concepto, que guardaría una relación impensada con las tradiciones cristianas.

De ahí su extraordinaria inclinación filosófica a privilegiar el misterio de la Trinidad. Lejos de criticar el supuesto carácter no racional o pre-moderno —como sí hacen algunos teólogos más proclives a contemporizar con la modernidad—, Nancy llama la atención sobre la dislocación que significó y significa para la herencia del pensamiento griego. A lo que apunta el misterio, piensa, es a la donación de sí, la quiebra de todo regreso o retención calculada del darse, la comunicación *en persona* al otro. Insiste por ello el filósofo en que la historia de los concilios de los primeros siglos estuviera interesada en defender a “Dios diferente” frente a las herejías que anulaban la apertura del darse.

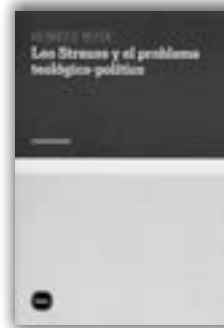
Se mostraría así, al menos como ejemplo, que la filosofía puede dejarse interpelar por una relación con la diferencia distinta a la lógica trinitaria de Hegel. También Massimo Cacciari, en su *Dell'Inizio* (1990), en el marco de una discusión con las concepciones trinitarias de Hegel y Schelling, señala que el misterio cristiano escapa tanto a la dialéctica o al concepto como a la reducción gnóstica.

En *Noli me tangere*, Nancy recorre imágenes de la historia de la pintura que tratan la escena del encuentro entre Jesús y María Magdalena junto al sepulcro. Obras de Correggio, Quintin Metsys, Rembrandt, Durero y Alonso Cano son interpretadas según el acontecer corporal del “sentido” que Nancy había descrito en libros como *Corpus* (2000): la aproximación sólo puede darse si responde a una retirada. La gloria del tacto, para brillar, necesita la prohibición de tocar. “No me toques”, pues, por más paradójico que resulte —por ser la *paradoxa*—, si llegaras a tocarme, el contacto sería imposible.

Sin duda, la indagación filosófica de Nancy en el cristianismo merecería toda la atención posible por parte de los filósofos. Pero también

de los teólogos. Una interpelación les llega desde el campo filosófico, a la que, creemos, podrían dar una respuesta que desbordaría muchos tópicos. En esa dirección, la obra del teólogo Adolphe Gesché es un testimonio inestimable de escucha y respuesta hospitalarias a planteamientos como los de Nancy.

En ese sentido se suscitan algunas preguntas que quizá compartan otros lectores. Primero, en *Noli me tangere*, ¿no estaríamos quizá ante una forzada proyección o aplicación de la propia posición filosófica previa a las escenas sobre María Magdalena? Segundo, en lo que respecta al proyecto en general de pensar el cristianismo, ¿no se le hace necesario a Nancy ocuparse de la división o separación entre filosofía y teología? La separación debe ser trazada por una instancia que esté a la vez en los dos lados que se separan, o que pueda desplazarse de un lado al otro. Entonces, ¿cuál sería la identidad de la instancia desde la que Nancy piensa el cristianismo? Y finalmente nos preguntamos si la visión de Nancy no será presa de cierto eurocentrismo. Que Occidente y la secularización sean impensables sin el cristianismo no significa que éste no encuentre caminos radicalmente inéditos en otras experiencias de frontera, un porvenir desconocido.



LA TEOLOGÍA POLÍTICA STRAUSSIANA

HEINRICH MEIER
Leo Strauss y el problema teológico-político

(trad. de M. A. Gregor y M. Dimopulos, Katz, Buenos Aires, 2006).

Antonio Ferrer

Acceder a la obra de Leo Strauss ha sido un reto para varias generaciones. Su figura personal, enmas-